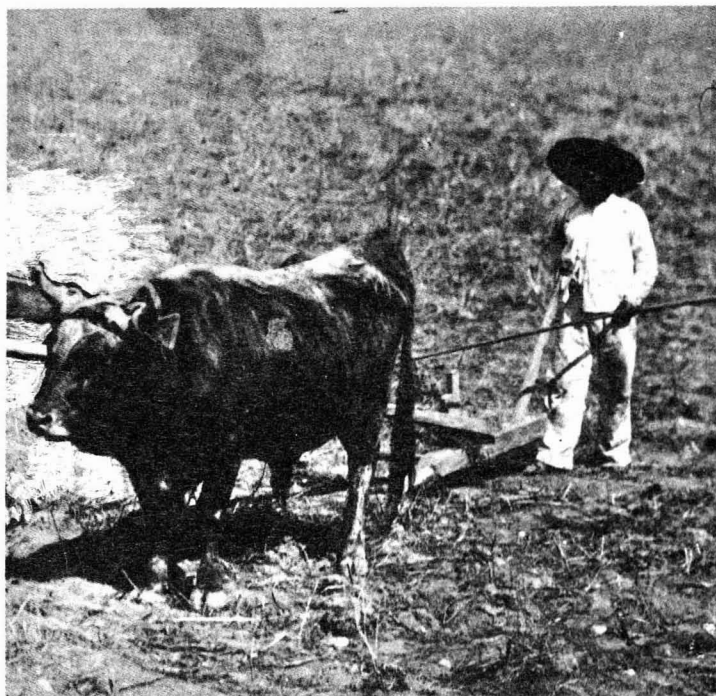


# El gran señor



por Vicente  
Lombardo  
Toledano



**“La tierra en manos de extranjeros es la más nociva forma de poseer.”**

El movimiento revolucionario había triunfado; pero sus objetivos inmediatos, elevados a la categoría de normas supremas de la vida nacional por la Constitución de 1917, apenas comenzaban a cumplirse en 1921, cuando llegó a México don Ramón del Valle-Inclán. Aunque había estado en nuestro país al terminar el siglo XIX, el México que encontró ya era otro. En la década de los veinte era todavía, en muchos sentidos, un gran campamento, formado, principalmente, por soldados del norte y del sur, de las montañas y los llanos, de las vertientes del Atlántico y del Pacífico. Por la primera vez el pueblo adquiría conciencia de su unidad, de la unidad de su raza indígena y mestiza, de su pensamiento colectivo y de sus demandas comunes. La primera de todas las de la tierra. En ese cuadro imponente de soldados improvisados; pero alegres por la victoria, el general Álvaro Obregón iniciaba la reconstrucción de lo destruido por la guerra civil y ponía las bases para el México nuevo.

Valle-Inclán fue objeto de numerosos agasajos por su gran calidad de escritor y por la leyenda de sus hazañas y de sus rarezas que lo acompañaba como su sombra. Pero él quería ver con sus ojos al pueblo, oírlo, palparlo, meterse en su seno, observarlo

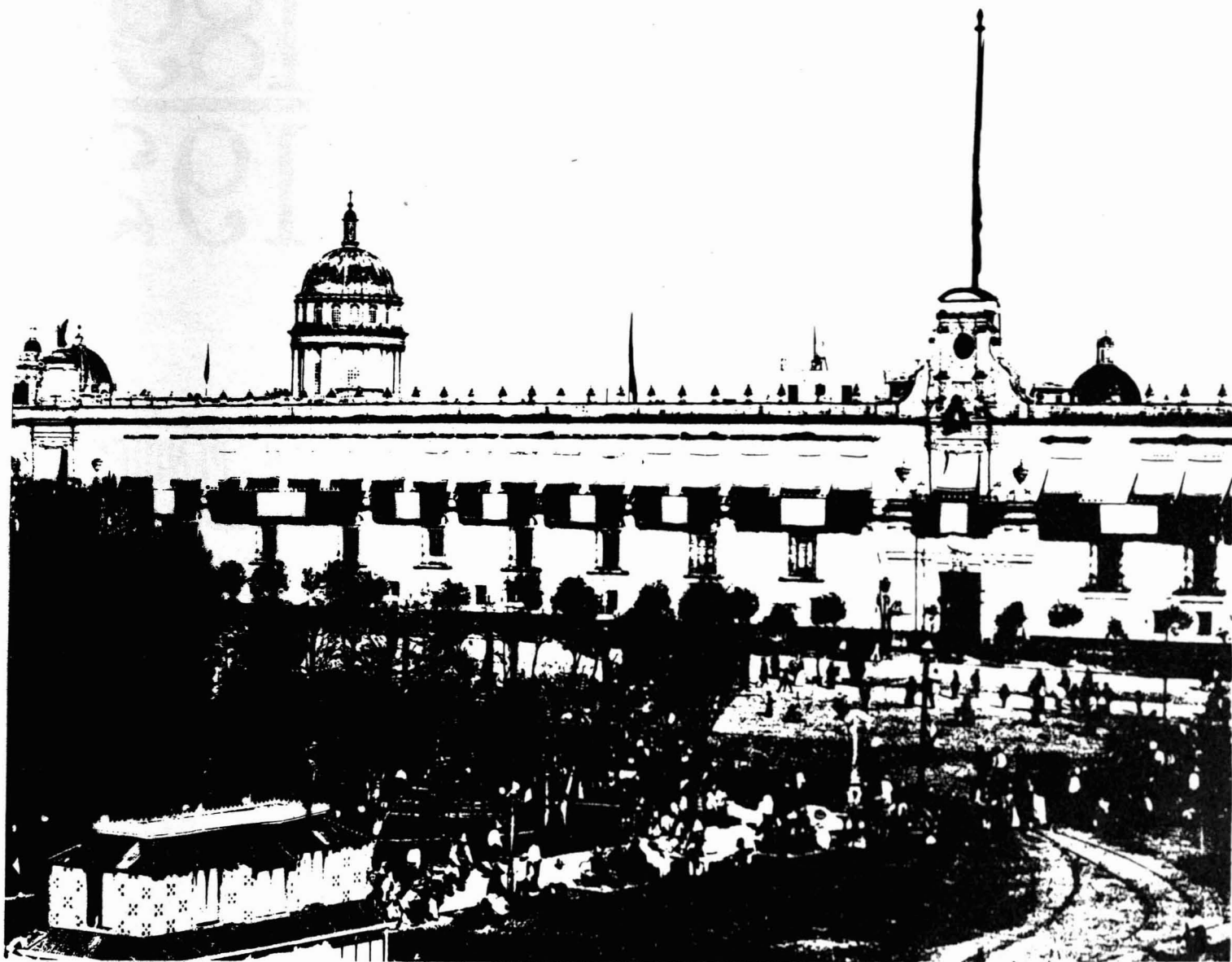
de cerca para comprenderlo mejor y llegar sin intermediarios al conocimiento de su ser profundo. Un día me expresó este deseo suyo y lo llevé a Puebla, al *tianguis* de Tepeaca, Segura de la Frontera, como le llamó Hernán Cortés al organizar allí el segundo Ayuntamiento de lo que sería la Nueva España.

A Tepeaca concurrían muchos caminos —no es necesario decir que no había carreteras modernas—, verdaderas veredas, que partían de la Mixteca, de las faldas del volcán de Orizaba, de las llanuras de Tlaxcala y de los contornos de la ciudad de Puebla, la del 5 de Mayo. En aquel tiempo no menos de diez mil campesinos iban a comprar y a vender, congregados en la gran plaza que domina la hermosa fábrica del convento-fortaleza, la única en el país que tiene un “paso de ronda”. En el atrio, rodeado por una inmensa barda, los campesinos dejaban sus burros. El espectáculo desde arriba era maravilloso. Subía un murmullo del enorme enjambre humano, vestido de blanco y de *cotonos* oscuros de lana, entre los cuales resaltaban las notas de encendido color de la manta teñida con la grana extraída de las cochinillas de los nopales.

Pocas veces en mi vida he observado a un hombre con una emoción tan sincera, que iba en aumento. Don Ramón pasaba de un puesto a otro mirando todo con atención. Volvía a encontrar las frutas tropicales que probablemente ya había olvidado y hacía elogios de muchas. Cogía las yerbas comestibles y medicinales frescas y pegaba a ellas su rostro, sorbiendo sus aromas. Le di explicaciones detalladas acerca del *epazote*, que despertaron en él gran interés, tanto que mandé decir a la fonda en donde se preparaba nuestro almuerzo que lo agregaran a los frijoles ya previstos.

Los indígenas y la tierra fueron el tema de la mayor parte de nuestra conversación de largas horas. “¡Qué profundamente unidos están y cuántos años viviendo en ella!”, me decía. “El pueblo, amándola intensamente, pero ajeno al mismo tiempo a la tierra.” Como la región estuvo llena de haciendas, con todas las características de las heredades de tipo feudal y su *calpanería*, en donde habitaban los peones y esclavos, visitamos los restos de algunas que completaron su visión del pasado.

A la hora del almuerzo don Ramón hizo muchas preguntas a los comensales representativos de la masa rural que yo había invitado. “¿Cómo definiría usted, amigo Lombardo, al campesino de México en relación con la tierra?” “Yo diría, don Ramón, contesté, que si en otras partes del mundo el campesino forma parte casi substancial, biológica, de la tierra, aquí en este mi país los indígenas son los señores de la tierra. Porque están hechos de ella, de sus jugos, y porque a pesar de los siglos de la etapa colonial y de que el despojo persistió hasta ayer, nunca se sintieron vencidos. Los españoles la usurparon, protegieron la



“...la revolución de México es la revolución latente en toda la América Latina.”

propiedad así adquirida con el régimen jurídico que nos trajeron, trasunto del derecho romano. Los indígenas, que no entendían ni jamás aceptaron una estructura política que no era la suya, siguieron considerando a los españoles como intrusos y a quienes con ellos los sometieron transitoriamente”... “Esa es la verdad, Lombardo.”

En esos días se reunió en México un congreso de estudiantes e intelectuales de los distintos países de habla española. En una comida que tuvimos, en la que participó Valle-Inclán, ya conocedor a fondo del problema agrario en sus múltiples aspectos, tomó una pequeña bandera nacional de papel de las que adornaban la mesa y escribió este conmovedor y pequeño poema:

*Indio mexicano  
mano en la mano,  
mi verdad te digo:  
lo primero, matar al encomendero,  
y después segar el trigo.*

Guardé la bandera durante muchos años en recuerdo de don Ramón del Valle-Inclán y como consigna para los campesinos y la clase obrera de México. En el mitin organizado por el Comité Nacional de Defensa Proletaria, la noche del 6 de febrero de 1936, ante una verdadera sublevación política de la clase patronal de Monterrey contra el gobierno presidido por el general Lázaro Cárdenas, entregué la bandera de don Ramón a quien en esos momentos presidía la alianza de todos los sindicatos, precursora de la gran Confederación de Trabajadores de México que iba a nacer.

Don Ramón del Valle-Inclán era un señor, un gran señor. Un poeta que amó intensamente a la tierra y al hombre y al porvenir de la humanidad. Los que tuvimos la fortuna de tratarlo en la intimidad no olvidaremos jamás su figura enteca de Quijote, su pasión de combatiente por las causas más justas y su mezcla espiritual extraña; pero perfectamente comprensible, de poeta que cantaba los dones superiores del espíritu, desde la Edad Media hasta los tiempos modernos. Su nombre está unido también a las corrientes literarias y a las batallas políticas de nuestro México.